

“¡que delicioso es eso!”, dijo la mujer frente a mí, en el mostrador de la farmacia, cuando señalaba una cruz hecha de chocolate con leche y en el centro había una pequeña flor amarilla hecha de azúcar. "Sí, solo si a usted le gusta el chocolate con leche, sospecho que lo es", le respondí. Luego agregué, "Sin embargo, Dios nunca tuvo la intención de que la cruz fuera consumida como un dulce. La cruz es todo menos dulce". (No creo que la mujer quiso ir más lejos con una discusión sobre la teología de la cruz. Pagó sus compras rápidamente y salió del edificio).

La Semana Santa nos confronta cara a cara con la cruz. Como cristianos a través del bautismo, estamos embebidos en el misterio de la cruz. En el acto de recibir la Sagrada Comunión en la Misa, la consumimos sacramentalmente. Pero, ¿qué significa "consumir" la cruz?

En primer lugar, la cruz es una cruda realidad de que es un medio para una ejecución criminal. Los andamios con vigas transversales y con los criminales moribundos o muertos clavados en ellos se encontraban en las afueras de las principales ciudades, durante el imperio romano, como una advertencia para aquellos que violarían la ley o amenazarían el poder del emperador romano. La gente de la época de Jesús no habría llevado una cruz bordada en los bolsillos traseros de los jeans, aún si tal ropa o tela hubiera estado disponible para ellos; ni tampoco la tenían como una pegatina para colocarla en el parabarro de su vehículo; ni usarla como una elaborada pieza de joyería; mucho menos de servirla como un dulce de repostería. La cruz no puede escapar su conexión con el sufrimiento y la muerte de Jesús. El cristianismo es la religión de la cruz, pero no una de sufrimiento masoquista o de auto-tormento.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, y el de abrazar la cruz es una libre elección de un creyente entre aceptar el sufrimiento impuesto por un opresor u otra fuente externa, y el sufrimiento que es la consecuencia de elegir una relación personal con Jesús en fe, de escucharlo, y de modelar la vida de uno con su Evangelio, de elegir solidarizarse con lo que

hizo Jesús y, como tantas veces nos recuerda el Papa Francisco, a los que se encuentran en la periferia de la sociedad—los pobres, los desamparados, los refugiados, los que aún no han nacidos, los ancianos, los abandonados, y los que han sido discriminados por su raza y sexualmente.

La cruz es mucho más que una irritación: un miembro de la familia, un colega de trabajo, un amigo que siempre logra convertir cada conversación en una plataforma para que se defiendan sus opiniones políticas partidistas particulares; el miembro cascarrabias del comité que siempre descarrila las reuniones; la aburrida y rutinaria tarea. Todo esto es solo para confundir lo meramente fastidioso con lo que es verdaderamente la profunda naturaleza del llamado de Dios a la fidelidad.

La decisión de Jesús de no huir de la cruz implicó un compromiso claro a una meta que envolvería necesariamente el sufrimiento y la abnegación. Cuando seguimos a Jesús, nosotros también podemos encontrarnos con oportunidades para rechazar la cobardía. También nosotros podemos vernos obligados a distinguir y elegir entre la parodia del sufrimiento de nuestra auto-absorción, y el sufrimiento real que resulta de nuestro sincero preocupación y amor por los demás.

Cuando elegimos "consumir" la cruz, no respaldamos el sufrimiento. Tampoco somos insignificantes. Estamos respondiendo con radical entendimiento a la llamada de Dios— un llamado a una nueva vida, un llamado a participar en un nuevo orden, no en un "dulce de repostería" que nos daría una satisfacción momentánea pasajera, no en una "gracia barata", sino una comida y bebida que nos une con Él quien vino a darnos vida, y es una vida abundante (Juan 10:10).

Padre Jim Secora